

ARION

Cuando alcanzó los quince años, el joven Arion conoció la Muerte por primera vez. Se hallaba sentado, cantando olvidados versos sobre las vacías ruinas de la que en otro tiempo victoriosa fuera la ahora polvorienta Bethmoora, donde el silencio golpea los sueños de los poetas cuya soledad ya nadie añora, cuando la Muerte se arrastró a sus pies con una sonrisa. Pero Arion no temía a la enemiga de los hombres, porque él era aún joven y sus viejos sueños le acompañaban en las noches sin Luna. La reptiliana Muerte volvería a visitarlo en numerosas ocasiones, siempre en ululante silencio, pero Arion seguiría cantando.

El joven Arion abandonaría pronto la soledad de Bethmoora, cansado de cantar al viento que entre orgullosas ruinas de plomo le susurraba antiguas historias, y se dirigiría a la ciudad de los hombres, más allá de los límites de Tsai y Naath-Tzar, a los que ningún ser divino ha estado jamás llamado a viajar. Pero Arion no temía, pues sus viejos versos le seguirían acompañando en las noches sin Luna. Y aunque tentado por las columnas de Kadath y los pilares de Anaïs, el joven Arion seguiría cantando.

Ante la pálida sombra del crepúsculo, Arion descansó sus pasos frente a uno de los muchos altares que la ciudad de los hombres guardaba, altares de vieja piedra en honor a algún falso dios del que el joven Arion nunca había oído hablar. Y allí tocó notas y silvó versos que nunca antes se habían sentido en la ciudad de los hombres, y que hombre alguno podría jamás entonar sino en sueños. Sus sombras pasaban a menudo ante el joven Arion, pero bajaban la cabeza desconcertadas y seguían sus huecos pasos, demasiado ocupadas para entender los sueños que cantaba, ignorantes de los bellos ecos como ignorantes son de los ténues susurros de la Aurora sobre los mares y de las cautas reflexiones que los vientos traen sobre ellos. Pero Arion seguiría cantando.

Llegaría el invierno, y las sombras que antes ignoraban sus bellos versos y cabizbajas continuaban caminando perdidas, fluían ahora en la locura, hurañas y ajenas escrutando a escondidas y susurrando acerca del joven Arion y su lívida música olvidada. Mas nadie entendía ya las palabras que Arion aprendiera de las arenas de la polvorienta Bethmoora, pues ella es sabia y anciana, y ha visto mundos y hollado estrellas que los hombres sólo podían buscar en sueños, en aquellos tiempos en que los hombres aún soñaban. Sus versos hablaban de Pan y las dryades, evos lejanos en que el hombre conversaba con las estrellas, y éstas le respondían secretamente. Pero los hombres ya no crean dioses, ni bellas historias para alabarlos, sino que hablan de codicia y miseria ante los altares que erigieron en sus iglesias. Por esto no podían entender las dulces palabras que Arion pronunciara al viento y a las estrellas, ni los

cánticos que el viento lunar traía a sus oídos en forma de respuesta. Pero Arión seguiría cantando.

Llegó entonces la Gran Guerra, y hubo sangre y cenizas en la ciudad de los hombres. Y así se vio ésta reducida a ténues ruinas azules, como lo fuera Bethmoora y la desdichada Azhtlon en épocas pretéritas. Pero Bethmoora es sabia, y conserva como Azhtlon en sus piedras y pináculos los cánticos de los dioses, mientras las ciudades de los hombres carecen de historia, y nada pueden contar sino las de los propios hombres, incomparables siquiera al suspiro de los antiguos dioses. Los hombres que surgieron entonces de las macilentas nieblas de la Gran Guerra reconstruyeron su ciudad, y se volvieron malvados y llenos de odio. Envidiosos se mataban entre ellos y mataban a sus hijos, y las mujeres vendían ociosamente sus cuerpos y los de sus hijas entre las callejuelas que antes fueran sagradas sendas de faunos y centauros. Así había caído la miseria sobre la ciudad de los hombres, y los que aún se paraban a escuchar los cándidos cantos de Arion, lo despedían con una sonrisa burlona, como sonrío la Luna cuando ve a los hombres adorar sus altares de vieja piedra ladina. Pero Arion seguiría cantando.

Llegó entonces un largo periodo de paz a la ciudad de los hombres, y Arion se sintió feliz y contento al ver a los niños danzando con sus canciones, como danzaban antaño los faunos ante el Dios Pan. Pero los niños crecieron, y se volvieron hombres sin sueños. Olvidaron los antiguos versos que cantaba Arion y se entregaron al vicio y

a la plegaria, porque aunque dulces al oído, encontraban sus cantos inútiles y vacíos, y no eran capaces de entenderlos como un niño lo habría hecho en su infancia. Pero Arion seguiría cantando.

Pasarían muchos años, y el joven Arion seguiría soñando entre versos de marfil que aprendiera de la sabia Bethmoora, pues aún era joven y locuaz, y la soberbia y el vicio de los hombres no habían conseguido hacerle olvidar y envejecer. Cantaba a Hermíone, seducida por Zeus, y de como Pan danzaba alrededor de ellos, mientras el viejo Elisteo desfallecía entre los brazos de la sollozante Perséfone. Pero éstas son historias viejas, anteriores a los recuerdos de los hombres, pues han abandonado su memoria para erigir nuevos templos a ídolos profanos, y ya no recuerdan al Dios Pan. Y estos hombres que antes ignoraran al joven Arion, y que susurrantes se burlaban de sus bellos versos, se volvieron viejos y extraños a sus propios ojos. Pero aún siendo viejos, y habiendo vivido larga vida entre sus altares, ignoraban el significado de los cantos de Arion, y desconocían las notas que la antigua Bethmoora y su hija Anaïs le habían enseñado en sus primeros años. Estos hombres se desvanecieron, y en su lugar nuevos espectros recorrieron las calles que antes fueran sendas de dryades y faunos, y asombrados por la absurda letanía pretérita que Arión cantaba con su lira, sacudían con deshonra la cabeza y volvían a sus templos. Arion escuchaba a menudo el retumbar de los versos que entonaban los hombres ante sus altares de vieja piedra, al son latente de herrumbrosas campanas cuya lengua ignoraba, pero los encontraba oscuros y erráticos, ajenos a la belleza de las colinas de Tsai más allá de las ciudades

que los hombres habían construído al abandonar a sus dioses. Arion desconocía estos versos, y en su felicidad retaba aún al nuevo dios impío que robaba la vida de los hombres y el alma de sus ciudades. Y aunque en alguna ocasión vio nuevamente la sombra de la Muerte cabilante, asomándose entre las piedras de los hombres, Arion seguiría cantando.

Apareció un día en la ciudad de los hombres un joven viajero que aún recordaba las orgullosas torres de Bethmoora y las oníricas colinas de Tsai, y las ciudades que se hallan más allá de donde los dioses alcanzan a soñar, porque los dioses, como los hombres de antiguo, soñaban y se regozijaban en su alegría, donde ahora los hombres olvidan y añoran en una melancolía ciega y gris. Pronto llegaron a sus oídos rumores sobre Arion, al que las pulcras notas mantenían joven, y de como él recordaba parajes que otros han olvidado, como Bethmoora la sabia, y la derruida Saïs. Mas el joven viajero ya no creía en la belleza ni en la armonía de los dioses, pues su Bethmoora se había hundido en las arenas que se hallan bajo las ciudades de los hombres, y desde entonces, nunca habría vuelto a soñar. Pero lo que los hombres habían borrado de entre sus mortecinos recuerdos al ocultar las piedras de la vieja Bethmoora y los pilares de su hija Anaïs bajo los cimientos de altares profanos, erguidos a un dios impío y funesto, el joven recién llegado aún era capaz de recordar, y así se lo cantó al también joven Arion, una noche en que la Luna se asomaba burlona sobre los versos que el viento regalaba a los hombres que olvidan. Y Arion, atento, escuchó sus palabras:

“Eterna progeñie de sombras sobre esta tierra
soñando siglos que hace tiempo le abandonaron.
Orgullosos olmos solemnes se inclinan
arqueados sobre el oculto mundo de antaño.
Y alrededor de su tumba, la luz de los recuerdos
ilumina los días en que la muerte lo abandonó,
mientras añora suspiros que nunca más volverán a existir.
Solo y triste, un espectro se desliza
a través de pasillos por donde sus pies nunca anduvieron.
Ninguna mirada lo discierne a pesar de sus cantos
que retumban aún bajo antiguos siglos.
Tan sólo un cansado viajero conoce y contempla
lo que fueron las mágicas notas de la flauta de Pan.”

Pero el joven Arion nunca volvería a cantar.

Et In Arcadia Ego